



Juan José Gómez Delfino

PEDRO MORENO¹

Juan José Gómez Delfino, hijo de un bancario y una maestra, nació el 8 de enero de 1950. Fue hincha de Peñarol. En su juventud trabajó como mecánico de máquinas de escribir y, posteriormente, como adscripto del Colegio Seminario.

En el año 1994 fue fundador y socio número 1 de LA AUPCV (Asociación Uruguaya de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares) y fue elegido como su primer presidente. Posteriormente, en el año 2015, sería nombrado socio de honor de dicha asociación. Entre los años 1996 y 1998 presidió FLAPAG, la Federación Latinoamericana de Psicoterapia Analítica de Grupos.

Sus *hobbies* eran la pesca y la navegación. Encarecido fanático de su rancho en Barra de Valizas, que construyó desde cero con quien era su esposa en ese momento, Marta Elena Llavata. Con Marta tuvieron a Andrés en 1992. Disfrutaba mucho del buen humor, en particular si venía de la mano de Les Luthiers o de Leslie Nielsen.

*¿Qué tengo que contar,
decime, bandoneón,
acerca de mi sexualidad?
Yo tuve un desengaño como el tuyo,
la noche que Roberto se marchó².*

1 Candidato del Instituto Universitario de Postgrado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. epmoreno@vera.com.uy

2 Parte de la letra compuesta por Juanjo para la fiesta de fin de año de APU en 2012, usando la música y la letra de la canción "¿Qué tango hay que cantar?", letra de Cacho Castaña y música de Rubén Juárez.

¿Cuándo llegamos a conocer a una persona? O quizá, mejor: ¿cómo vamos conociendo a una persona? Como nuestro desarrollo, que no procede en forma constante, pareja y lineal, sino por saltos cualitativos —en los momentos llamados críticos, en lo biológico, o sensibles, en lo psicológico—, mi conocimiento de Juanjo se fue desarrollando en el tiempo, desde que en el año 2001 ingresó a la APU como candidato. “¿Qué tul?”, diría Gómez. Yo había ingresado el año anterior y creo que llegamos a compartir algún seminario antes de que, en 2002, ambos decidiéramos, en forma separada e inconsulta, solicitar nuestro ingreso a Murgapu, la murga de los miembros y candidatos de la asociación.

Nuestra ambición artística nos acercó al grupo porque la actuación no se iba a desarrollar, como de costumbre, en la fiesta de fin de año de APU, para un público relativamente limitado en su número, sino en la ceremonia de inauguración del primer congreso de la recientemente creada Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL). Actuaríamos entonces para un público de más de quinientos colegas, integrantes de las diferentes asociaciones miembro de FEPAL, lo que ambos suponíamos se encontraba a la altura de nuestro nivel artístico como actores y como cantantes. “¡Se sabe!”, diría Gómez.

*Así vamos chamuyando de la vida,
de los viejos y sobre todo de la vieja.
Me dijiste cada cosa retorcida.
Yo ya sé que no hay lugar para la queja.
Mirá si yo voy a pensar que mi santa viejecita revoleaba los lienzos,
revoleaba.
Y mucho menos que mi viejo se los atajaba.
¡Yo prefiero lo de la cigüeña y el repollo!³*

Juanjo iba en taxi al ensayo general, último ensayo antes de la actuación que daba cierre a la ceremonia inaugural del congreso, y al ver su traje

3 Parte de la letra compuesta por Juanjo para la fiesta de fin de año de APU de 2010, con la música de la “Pieza en forma de tango (Tango op. 11)”, de Les Luthiers.

de murguista, el taxista le preguntó si iba a actuar en una murga. Juanjo le contestó afirmativamente, agregando que iba a actuar solamente en esta ocasión. “¿Solo una vez van a actuar?”, preguntó, incrédulo ante un lujoso despliegue de vestuario, el conductor del vehículo de alquiler con aparato taxímetro. “Sí”, fue la respuesta de Juanjo. Después de algunos segundos de silenciosa consideración, el taxista, solidariamente, le dijo: “¡Algo les va a salir!”. “¿Qué tul?”.

*Quando me echo en tu diván gastado y viejo
para hablar de mis penurias esenciales,
me pregunto si tendrás algún consejo
que me ayude a encarar todos mis males⁴.*

Las personas que tenemos sentido del humor fácilmente nos sentimos muy afines. Fue muy fácil entonces que surgiera la compinchería entre Gómez, cuyo sentido del humor y facilidad para producir textos hilarantes era excepcional, prueba de la cual les ofrezco algo en este texto, y quien escribe estas líneas. Formábamos, junto con Luis Bibbó, el coro de “varoncitos” de Murgapu. Parados juntos en el coro, parecíamos Benitín y Eneas, y nuestras diferencias en altura eran motivo de constantes bromas entre los dos. Nuestra experiencia en los ensayos fue de un gran disfrute, y ya para ese espectáculo Juanjo escribió un descacharrante monólogo sobre nuestra labor como psicoanalistas, que él mismo interpretó también, ya tempranamente poniendo de manifiesto su capacidad extraordinaria para la comicidad. “¡Se sabe!”.

*Voy juntando peso a peso con paciencia.
Laburando yo ya arrancho de mañana
pa’ pagarte cuatro veces por semana.
Vos dijiste qué importante es la frecuencia⁵.*

4 Ídem.

5 Ídem.

Juanjo tenía un carácter rebelde frente a ciertas situaciones. Ambos tuvimos que aprender de qué modo pararnos frente a un micrófono para que nuestra voz fuera escuchada de la mejor forma posible al cantar. Supongo que, por sentir su libertad de movimientos limitada, Gómez no aceptaba esta regla para el uso de los micrófonos. Esto llevaba a que quien habla, de forma torturantemente obsesiva, le insistiera en los ensayos y actuaciones: “Juanjo, ¡cantale al micrófono!”. Estas cordiales invitaciones no eran recibidas por mi muy querido amigo de la mejor manera, y eran entonces retrucadas por Gómez con expresiones que el carácter serio y formal de esta publicación arbitrada no me permite reproducir, pero estoy seguro de que los lectores podrán llegar a imaginar.

*¿Qué tango hay que cantar
para poder seguir
echado en el diván diez años más?
Y así disimular entre la gente
que uno al fin de cuentas no es normal⁶.*

La vida se nos puso complicada a Estela, mi mujer, y a mí en los años que siguieron. Y fue en ese momento cuando pude conocer el aspecto más querible de Juanjo. Con él y con otros pocos compañeros de APU, yo había compartido estas angustias. A sabiendas de esa situación, en la que desde ese momento en más siempre nos acompañó, así, como de la nada, un día me dice: “Che, Pedro, ¿por qué no se van con la Estela un fin de semana para Villa Soriano? Se desenchufan un poco de todo, descansan”. No pudimos aprovechar el convite para disfrutar de su casa cerca del Río Negro, pero el sentido entrañable del ofrecimiento fue uno de esos mojonos que me hicieron conocer el lado profundamente solidario de Gómez. Nos llamaba regularmente para ver cómo andaban las cosas o se aparecía el sábado de tarde por casa con la excusa de que le quedaba de pasada para ir a visitar a una tía vieja, a la que, por supuesto, le encantaban los bizcochos de la panadería de la esquina de casa. Una tarde que se apareció, nos encontró a

Lunita, mi nieta, y a mí reparando cuidadosamente un álbum de figuritas de Disney. Desde entonces, para Luna y por supuesto que también para mí, Gómez pasó a ser “Juanjón, que nos ayuda a pegar el álbum”. “¡Se sabe!”.

También pude observar su enorme solidaridad y el afectuoso cuidado que Juanjo le dispensaba a un compañero muy querido en APU, Marcos Lijtenstein, cuando su salud iba menguando gradualmente. Una vez que pasamos por su rancho en Valizas, Marcos y su esposa estaban pasando unos días en el rancho con Juanjo y Andrés. Gómez, que no podía con su genio, me contaba que los sábados iba con Marcos a reunirse con unos compañeros de APU, una especie de Club de Toby, en el Tranquilo Bar, en 21 de Setiembre. Como Marcos tenía dificultades para caminar, lo que hacía el cruce de 21 de Setiembre hartamente riesgoso, Juanjo se —o le— ponía unos lentes negros para fingir una ceguera que detuviera a los autos que, veloces, avanzaban por 21.

Llegamos a compartir, más tarde, un seminario que coordinaban en APU Enrique Gratadoux y Nancy Delpréstitto, con gran solvencia y apertura de mirada, que los participantes supimos disfrutar como correspondía. Creamos en ese momento con Gómez la delegación del BPS, en razón de nuestra diferencia etaria con el resto de nuestros compañeros y compañeras, sobre todo Gómez, que en ese otro aspecto era muchísimo mayor que yo. En el seminario, Juanjo desplegó, aparte de su infaltable sentido del humor, una perspectiva muy enriquecedora por su profundo conocimiento de los abordajes vinculares, lo que llevaba a muy ricas discusiones entre la mirada individual de casi todos los presentes y la óptica de lo familiar y sus roles, que aportaba.

*Decime, bandoneón,
¿qué tengo que estudiar?
No ves que empiezan ya los seminarios.
Yo sé que no se puede rabonear.
No hay otra que ponerse a estudiar.*

*Permiso, bandoneón,
tal vez, Discepolín
un verso me dejó para ayudarme.*

*Yo sé que es disfrutable aprender,
autores y teorías a granel⁷.*

Después, el año pasado, lo absurdo e incomprensible de cómo un accidente doméstico se puede convertir en una tragedia. Una caída en una escalera, un golpe feroz, el CTI. Trato de pasar rápidamente por esta parte del texto para tratar de evitarme algunas lágrimas. A la vez, me sigo preguntando, como todos los que lo queríamos, por qué se aferró a la matera en vez de cubrirse la cabeza. Supongo que las veces en que me vuelve a aparecer como una sombra terrible esta pregunta son las únicas en las que, a lo largo de estos años, lo he puteado. El 2 de setiembre, día del nacimiento de su padre y de su casamiento con Marta, a pesar de los muchos días de rogar y rezar sin tener un dios al que dirigirme, Juanjo se murió.

*Llevo años meditando panza arriba,
asociando libremente y fantaseando.
No me achico, a las angustias no las echo.
Me doy cuenta que nunca has pintado el techo⁸.*

Muy probablemente, mi tocayo, el que tiene las llaves del reino de los cielos y a quien supongo que, dada su alta investidura, Juanjo le tendrá algo más de respeto que a mí, le estará diciendo: “Señor Gómez, ¡cántele al micrófono!”.

“¡Se sabe!”⁹. ♦

7 Ídem nota 2.

8 Ídem nota 2.

9 Las estrofas de las canciones escritas por Juanjo pueden leerse en el orden en el que aparecen en el texto, en el orden que prefiera el lector o, como las pensó su autor, en el siguiente orden: “¿Qué tango hay que cantar?”, notas 6, 5 y 1, y la “Pieza en forma de tango (Tango op. 11)”, notas 3, 4, 2 y 7.